

El Periódico ilustrado.



Número 13.
DEL 1.º AL 8 DE JUNIO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.

SUMARIO.—TESTO: *Caminos de hierro de Veracruz á Méjico.*—*Revista de la semana*, por Palacio.—*La Pascua de Pentecostés*, por F. V. LL.—*Crónica judaica*, por Virto.—*La pena de los enamorados*, por Honorio.—*Teatros*, por Inza.—*El Havre y Caballos cogidos al lazo*, por Belza.
LÁMINAS: El Havre.—Caminos de hierro de Veracruz á Méjico.—Caballos cogidos al lazo.—El Papa Pio IX oficiando en la Pascua de Pentecostés.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion. UN NÚMERO
Madrid. . . Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs. } 4 cuartos en MAERID.
Provincias. Un año 28 » —Seis meses 14 » }
Ultramar. . Un año 80 » —Seis meses 40 » } 5 cuartos en PROVINCIAS.

CAMINO DE HIERRO DE VERACRUZ Á MEJICO.

De todos los países del mundo, Méjico es donde los caminos de hierro son más imperiosamente indispensables. Sin ellos, ¿cómo establecer un poco de unidad y de cohesión en una población diseminada sobre un territorio inmenso y quebrado, serpenteado de abismos, herizado de rocas y cubierto en su mayor parte de impracticables bosques?

Antes de la expedición anglo-franco-española, los convoyes no avanzaban sino con una dificultad estre-

ma; eran necesarios cuatro días, en el mes de agosto de 1862, para trasladarse desde Tejería á la Soledad; además, los hombres destinados á operar en el interior caminaban penosamente á lo largo de las costas, espuestos continuamente á la fiebre amarilla, á la disenteria y al tífus; así que, fué de absoluta necesidad poner un remedio pronto para poder arrancarles á la influencia de un clima tan asesino.

Una línea férrea se comenzó de Veracruz á la Soledad, y seiscientos obreros fueron empleados bajo la protección de la legión extranjera. En el mes de abril de 1863, 9.400 metros cúbicos de terraplenes estaban

terminados y colocadas las vías sobre 4.200 metros de longitud. En el mes de abril de 1864, la prodigiosa actividad desplegada había producido sus naturales efectos, y ya avanzaban las locomotoras hasta la Pluga. Hoy llegan ya hasta Méjico. Los indios de las haciendas y de los ranchos, que se hallan colocados en toda la extensión del camino, y que son de una docilidad estremada, han rivalizado en esta obra con los mejores trabajadores europeos.

La lámina que ofrecemos á continuación representa la estación de Tejería, una de las más importantes en el trayecto desde Veracruz á Méjico.—B.



CAMINOS DE HIERRO DE VERACRUZ Á MÉJICO.

REVISTA DE LA SEMANA.

La Academia Española se ha reunido últimamente para hacer entrega solemne del premio conferido al eminente poeta y novelista Fernandez y Gonzalez, autor de la mejor composición de las presentadas en el certámen abierto hace poco, para cantar un acto emanado de la Corona.

El premio ha consistido en una medalla de oro, además de la suma de cuatro mil reales y de quinientos ejemplares de la poesía impresa, entregados anteriormente al autor. Debemos consignar aquí en honor del poeta, que ha depositado los cuatro mil reales en manos del gobernador de la provincia para que formen parte de la suscripción nacional que se inició hace algún tiempo, si bien creemos no se llevará á efecto por ahora. Esto, al mismo tiempo que enaltece al hombre, enaltece también á la clase, pues demuestra que el hambre no es ya el exclusivo patrimonio de los que se dedican á las letras.

Regocijémonos, pues, con la esperanza de que los días del oscurantismo huyeron de nuestros horizontes para no volver nunca, y nos aproximamos al reinado de la inteligencia, que es la luz.

Buena prueba de ello es el espectáculo que ha ofrecido Florencia estos días, con motivo de la inauguración de la estatua del Dante, en quien Italia parece haber simbolizado todas sus grandezas. Jamás héroe alguno ha alcanzado ovación más entusiasta ni magnífica. Y así debía ser. Dante es el génio de la unidad italiana, y todo, hasta sus infortunios, le identifican con su país.

Soldado valiente, diplomático insigne, escritor profundo, nada faltó á ese coloso para su gloria, ni amores desgraciados, ni bárbaras sentencias, ni triste muerte en el destierro, ni sublime apoteosis después de la muerte. Si Miguel Angel no hubiera existido, Dante sería para mí la encarnación más perfecta de la historia de Italia y la más elocuente revelación de su gran destino. Los dos combatieron por la misma causa, y de los dos puede muy bien repetirse con un poeta: «Guardémonos de insultar los desórdenes en que algunas veces incurren esos poderosos seres; no imitemos á Caam el maldito; no asome la risa á nuestros lábios si encontramos desnudo y dormido al pié del arca que fué á estrellarse en las montañas de la Armenia, al único y solitario piloto del abismo. Respetemos al navegante diluviano que empezó de nuevo la creación después de agotadas las cataratas del cielo.»

Para que todo sea grande en ese aniversario con que Italia entera ha saludado la memoria de su ingenio más querido, hasta la casualidad se ha asociado al entusiasmo, enviando á la conmovida Europa la siguiente noticia, que el telégrafo se ha encargado de transmitir:

«RÁVENA 25.—Se ha descubierto el féretro que contiene los restos del gran poeta Dante.»

Los hombres pueden estar satisfechos; la mano de Dios ha coronado su obra, y muy pronto las cenizas del autor de la *Divina Comedia* reposarán en el magnífico sepulcro, que hubiera estado vacío hasta hoy, si no le hubiese llenado su nombre.

Uno de estos próximos días se inaugurarán en el teatro Rossini los conciertos de esta temporada. Estamos seguros que llamarán la atención, pues cuantos han oído *El Profeta* y *Guillermo Tell* saben bien de lo que es capaz aquella orquesta. Al mismo tiempo se preparan varias óperas nuevas, para las cuales pinta grandes decoraciones el Sr. Plá, al cual, dicho sea de paso, felicitamos cordialmente por los trabajos que ha hecho en *El Profeta*, y que le colocan al nivel de los mejores escenógrafos.

Y ya que de los Campos Elíseos nos ocupamos, no terminaremos este artículo sin subsanar un involuntario olvido que padecemos en nuestro número anterior. Para la reproducción de varias de las vistas que dimos de aquel establecimiento, nos fueron facilitadas por el Sr. Mon, conocido y bien reputado fotógrafo, preciosas fotografías que nos sirvieron de mucho, y nada tiene de extraño, si se considera que el referido Sr. Mon es una notabilidad en su arte, y pueden competir ya sus trabajos en el día con los de Disderi, Vernay ó Moyer, como lo prueba la magnífica colección de bellísimos retratos de los principales cantantes del teatro Rossini, hechos en su acreditado establecimiento de la calle de Carretas, núm. 37. Debemos, pues, esta aclaración, y tenemos una satisfacción en hacerlo así.

La emigración veraniega no lleva trazas de ser este

año muy numerosa. Madrid, con los atractivos que hoy ofrece, deja muy poco que desear, y casi, casi son preferibles los sudores de aquí á los que se pasan cruzando nuestros ferro-carriles y habitando en nuestros pueblos de provincia. Además ¿dónde va uno que encuentre ni siquiera corridas de toros?

Los extranjeros van comprendiendo esto, y ahora mismo se gestiona en Madrid por personas muy competentes para la formación de una cuadrilla de buenos lidiadores, la cual debe lucir sus habilidades en el anchuroso circo de Milan. Un paso más, y acaso veremos al Gordito dando *quiebros* en el *Coloseum*, y á los lorés ingleses corriendo becerros en el *Zoological and Garden*.

En tanto que esto no sucede, y sabe Dios si deseamos que suceda nunca, nos contentaremos con nuestras modestas diversiones, de las cuales la única nueva que hoy se nos ofrece es la rica y variada colección de figuras de cera espuesta en la calle de Carretas por su propietario el Sr. Malagarriga, y en la que hay algunas de mérito sobresaliente.

Delante de la principal de ellas, que representa una esclava desnuda, se pararon ayer varias personas, entre las que se distinguían una jóven tan presumida como coqueta, y un galán á quien abrumaron sus desdenes.

—¿Qué le parece á V., Enríque? dijo la niña sonriendo; ¿no es verdad que está tan bien hecha que se necesita tocarla para convencerse de que no es de carne?

—Ciertamente, señorita; como se necesita tocar otras mujeres para convencerse de que no son de cera.

Por supuesto, que yo creo que el mancebo no estaba en lo justo; porque las mujeres de cera se ablandan.

M. DEL PALACIO.

PASCUA DE PENTECOSTÉS,

ó venida del Espíritu-Santo sobre el Sacro Colegio apostólico. (1)

Cincuenta días cumplen hoy que la Iglesia, llena del mayor regocijo, entonó aquel solemne *¡Aleluya!* anunciando á sus hijos, con su voz maternal, el grande y portentoso acontecimiento de la Resurrección Gloriosa de su Divino Esposo Jesucristo. Sí, caros lectores, el Hijo del Eterno que tomó carne mortal en el seno de una Virgen para rescatar con su sangre preciosísima á la humanidad doliente, y que finalmente espiró en la cumbre del Gólgota clavado en una cruz, después que su Cuerpo sacratísimo estuvo encerrado durante tres días dentro un sepulcro, salió glorioso y triunfante de él, dejando espantados y sin sentido á los soldados romanos que le custodiaban. Jesús, pues, resucitó como lo había profecitado á sus caros discípulos, y en este acto dió una de las pruebas más evidentes de su Divinidad, confirmando de esta manera la Doctrina Evangélica que predicó y todos los milagros que hizo durante su vida mortal. María fué la primera criatura que se vió honrada con la presencia del Redentor del mundo. ¡Qué gozo no experimentara esa Divina Señora al ver á su amado Hijo vivo y glorioso, cuando tres días antes, estando al pié de la cruz, lo había tenido en sus brazos muerto y casi perdida su figura humana!... En seguida apareció á aquellas piadosas mujeres María Magdalena y María Salomé, las cuales, rebosando de una celestial alegría, fueron á dar tan fausta noticia á los apóstoles; mas estos, á pesar de la promesa que les había hecho su Divino Maestro, creyeron dudosamente su Resurrección y no la tuvieron por cierta hasta tanto que el mismo Jesús, haciendo ostentación de su gloria y magestad, se les apareció para desvanecer con su presencia las dudas que habían podido abrigar contra la verdad de su Resurrección.

Cuarenta días estuvo Jesucristo con sus discípulos, durante los cuales instruyoles sobre las leyes y Doctrina que había de regir y sostener el grande y magestuoso edificio de su Iglesia Divina, que diez y ocho siglos hace ya que subsiste. Fortifícoles en la fé y animóles en la gloriosa obra que pronto iban á emprender. Concedióles entonces el poder de predicar el Evangelio con aquellas divinas palabras: «Id y predicad el Evangelio á toda criatura, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El que creyese y fuese bautizado se salvará, pero el que no creyese se condenará.» Dióles también el poder de remitir ó perdonar los pecados. «Cuánto atáseis, les dijo, sobre la tierra, atado será en el cielo, y todo lo que desatáreis sobre la tierra, desatado será en el cielo.» Con estas palabras confirió Jesucristo el sagrado ministerio sacerdotal á sus apóstoles, y por consiguiente á los

ministros del Santuario, sus dignos sucesores, fundando la Iglesia Santa, que ha de durar hasta la consumación de los siglos y dando á Pedro el honroso título de Vicario de ella, durante su misión acá en la tierra. Mandó que todos aquellos que quisieran entrar en el seno de esta Madre tan tierna, siguieran estos preceptos divinos y escucharan con sumisión la voz de sus enviados; de modo que aquel que no hiciese caso de su Doctrina Sagrada, no podrá conseguir el fin apetecido.

Pasados estos cuarenta días reunió á sus discípulos y se dirigió á la cima del Monte de las Olivas para despedirse de ellos y volver al lado de su Eterno Padre, de donde había salido para reparar al género humano. Los discípulos del Salvador quedaron muy afligidos al ver que iban á quedar desamparados de aquel que había sido por espacio de tres años su Padre y su Maestro. Él les consoló diciéndoles que les enviaría el Espíritu Santo, el cual reanimaría su corazón abatido, les fortalecería en todos sus apuros y contratiempos, y que no les abandonaría ni un instante mientras permanecieran fieles á la vocación divina. Después de estas dulces exhortaciones dióles la paz junta con su bendición paternal y empezó á subir por el aire rodeado de una nube que les ocultó para siempre al que fué su vida y consuelo; y al cabo de algún rato oyeron á los ángeles del cielo que les decían: «Varones Galileos, ¿qué es lo que estais esperando aquí mirando en alto? Jesús, á quien habeis visto salir de entre vosotros, está sentado á la diestra del Todo-Poderoso en donde permanecerá hasta el fin del mundo en que vendrá otra vez para juzgar á todas las generaciones.» Y aquellos hombres, salidos del éxtasis en que se hallaban, bajaron á la ciudad de Jerusalem aguardando el día prometido por su Maestro en que les había de enviar el Espíritu Divino, que confortaría su corazón y alentaría su espíritu.

Para desarrollar con el debido acierto el presente artículo, me he visto precisado, amados lectores, á hacer esta pequeña digresión, que ha servido como de introducción ó exordio. Al tomar mi débil pluma para dirigirme por vez primera al público, no ha sido solamente mi ánimo describir la magnífica cena que tuvo lugar en el Cenáculo en este día memorable, en el cual empieza la historia eclesiástica, sino que introduciéndome lógicamente en el terreno de la deducción, he creído conveniente sentar y probar á la vez la siguiente proposición:

«El verdadero sacerdote católico, como á sucesor de los apóstoles, debe ejercer su sagrado ministerio por inspiración del Espíritu Santo, y debe estar preparado, á imitación de los apóstoles, para sellar con su sangre la doctrina evangélica que predica á los fieles.»

Jesucristo, pues, prometió á sus caros discípulos enviarles el Espíritu Consolador, y como sus promesas son infalibles, porque primero el sol y la luna dejarán de existir, antes que estas dejen de cumplirse, así es que diez días después de su Ascensión gloriosa á los cielos, tuvo lugar el cumplimiento de esta promesa divina.

Congregados se hallaban los discípulos del Salvador en un humilde aposento, aguardando impacientes el instante supremo en que, abriéndose las puertas del empuje, descendiera sobre ellos la Tercera Persona de la Trinidad Santísima. De repente vino del cielo un gran ruido, como de trueno, el cual les dejó confusos, y se les aparecieron como unas lenguas de fuego, las cuales se pusieron sobre cada uno de ellos. Esto fué el Espíritu Divino, que disipó las tinieblas de su ignorancia é inflamó su corazón; de suerte, que empezaron á hablar diversas lenguas, lo cual manifestó que se veían dispuestos ya desde aquel momento á predicar el sagrado Evangelio á todas las naciones, y á sufrir todos los contratiempos que les sobrevinieran en adelante; salieron, en efecto, del Cenáculo, desechando aquel temor que se había apoderado de su corazón antes de la Pasión de su Divino Maestro. El Espíritu Santo iluminó su razón de un modo tal, que al momento entendieron las Escrituras Santas, y comprendieron que todos los hombres son pecadores y han de menester la gracia divina, la cual no se alcanza sino por la fé en Jesucristo, cuyo reino es espiritual. Resolvieron luego pasar á todos los pueblos del universo á ejercer la misión apostólica que habían recibido de su Maestro; mas antes de separarse, determinaron formar el Símbolo ó Credo, á fin de predicar todos una misma doctrina á todo el mundo.

San Pedro, como á cabeza de los apóstoles y como á

(1) Véase la lámina de la última página.

Supremo Pastor que debía regir la Iglesia Santa, que Jesucristo vino á fundar, estableció su Silla en Antioquía, y despues de cinco años la trasladó á Roma. Con un celo verdaderamente apostólico empezaron su santa predicacion, siendo tal la eficacia de su palabra divina, que todos cuantos les escuchaban se convertian á la religion del Crucificado. San Pedro, dirigiéndose á los judíos, les dió cuenta de aquella maravilla, explicándoles las profecías, y declarándoles que Jesucristo, á quien habian crucificado, habia resucitado ya, y que nadie podia salvarse, sino en su nombre, y haciendo penitencia; de suerte, que, segun nos refiere San Lucas, se convirtieron 3,000 en este primer discurso, pronunciado con tanta elocuencia como sencillez, por el Príncipe de los Apóstoles. Aquellos judíos que esperaban al Redentor prometido, como á un noble guerrero, no pudieron de ningun modo abrazar la doctrina de Jesucristo; mas aquellos judíos sencillos, que se habian manifestado obedientes á las voces de los profetas, siguieron, sin reparo alguno, los preceptos que nos dió el Dios-hombre; así es que hubo desde luego una persecucion sangrienta contra los fieles imitadores de Jesucristo; porque, como dice San Pablo, la cruz del Salvador servia de ignominia para los judíos y de burla y escarnio para los gentiles. Empero los apóstoles permanecian fieles en anunciar la celestial doctrina, derribando de esta manera la idolatría, y aboliendo los actos de fanatismo y supersticion, que se practicaban durante tantos siglos en la mayor parte de los pueblos del orbe; ellos no temian ya las calumnias ni los oprobios de sus ingratos hermanos los judíos, ni tampoco los tormentos con que á cada paso les amenazaban, porque su espíritu se hallaba fortificado con el fuego sagrado que habia descendido sobre ellos, y se presentaban impávidos delante de los príncipes y magnates del pueblo, confundiendo á estos con sus discursos y hechos prodigiosos. Los judíos, al ver á aquellos hombres que disertaban como los mejores filósofos, sin que antes hubieran aprendido las ciencias en ninguna academia ni establecimiento científico, quedaron maravillados de este hecho tan extraordinario, sin que pudieran darse la razon de cómo esto habia sucedido.

Pero, amados lectores, como el verdadero discípulo debe seguir exactamente las huellas que le traza su maestro, así los apóstoles, despues que hubieron evangelizado á un sinnúmero de pueblos, haciendo triunfar en ellos la cruz del Salvador, cedieron gustosos á la rabia y furor de los perseguidores del nombre sacrosanto de Jesus; sufrieron con resignacion el martirio decretado por la crueldad de los emperadores romanos, dando de este modo un testimonio el mas elocuente de la verdad santa que predicaban; de suerte, que muchísimos verdugos, con solo ver la serenidad con que sufrían los tormentos, sin que profirieran la menor palabra, no pudieron menos que pensar que en aquellos hombres habia algo de sobrenatural que les infundia áquel valor que tanto admiraban; y por consiguiente, lavándose al momento en las aguas regeneradoras del Bautismo, entraban en el gremio de la Iglesia Católica. Los apóstoles, pues, luego de haber desempeñado dignamente el ministerio que les confirió su Maestro, perecieron víctimas de la perversidad de sus enemigos, sellando con su sangre el Santo Evangelio que anunciaron á los pueblos, y sus almas volaron gloriosas á la celestial Jerusalem para ceñir eternamente la inmortal diadema de la santidad, y recibir en sus manos la heroica palma del martirio.

Murieron los apóstoles; pero en cambio quedaron sus sucesores, los cuales son todos aquellos que entran al servicio de la Iglesia para ejercer el ministerio sacerdotal. La mision del sacerdote católico, caros lectores, es pues la misma que la que tuvieron los apóstoles, y recibe en las sagradas órdenes el mismo poder y facultades que recibieron los elegidos por boca de su Divino Maestro. Los apóstoles, guiados por el Espíritu Santo, colocaron el estandarte de la Fé en los pueblos que estaban entregados al paganismo; el sacerdote católico, guiado tambien por el Espíritu Santo, debe hacer que este estandarte permanezca firme, sin que jamás la malicia humana pueda derribarlo, y debe al mismo tiempo correr á esos países lejanos para civilizar con la religion del Martir del Calvario á esos miserables que gimen aun bajo el peso de la ignorancia y del error; y si los apóstoles, por inspiracion del Espíritu Santo, dieron su vida en defensa de la verdad que anunciaban, el sacerdote católico, con el auxilio de la gracia divina que comunica el Espíritu Santo, debe estar preparado para sacrificar su existencia siem-

pre y cuando esos falsos filósofos, que por desgracia en nuestros días son bastante numerosos, pretendieran hacerle negar alguno de los misterios sacrosantos de nuestra religion augusta.

Ahora, amados lectores, pudiera ya dar por terminada mi tarea, mas para que el desarroyo de este articulo reuna las condiciones indispensables, es preciso que ponga fin á ella con un pequeño epílogo, que servirá para confirmar más y más la proposicion sentada.

Finalmente, el sacerdote católico, que quiere cumplir exactamente su mision divina en todos los actos de su ministerio, debe tener presente el versículo 8 del capítulo X del Evangelio de San Mateo, que dice así: «Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios; de balde habeis recibido estos dones, dadlos de balde.» De suerte que en esas solas palabras se halla reunida toda la perfeccion sacerdotal, y con el auxilio del Espíritu Santo, puede el sacerdote católico fortificar lo que en ellas se prescribe.

La Iglesia, amados lectores, se vé en nuestros días muy perseguida por tantos enemigos que pretenden destruirla, y el sacerdote católico, que es su representante, debe salir en su defensa destruyendo con la espada de la divina palabra esas doctrinas impías, que el espíritu de las tinieblas inspira á sus sectarios, haciéndola alcanzar la más completa victoria, dejando á un mismo tiempo confundidos á los que esperan verla destruida. Animado, pues, con este celo, el sacerdote católico cumplirá dignamente su mision, y á pesar de todas las persecuciones que vea dirigidas contra la Iglesia, no retroceda jamás en el ejercicio de su sagrado ministerio, pues el Espíritu Santo, que descendió en este día sobre los apóstoles allá en el Cenáculo, descenderá tambien sobre él, bendiciendo todas sus santas empresas; recuerde, por fin, aquellas palabras que dirigió el Divino Salvador á Pedro cuando de pescador de peces le quiso convertir en pescador hombres: «Tu eres Pedro, que quiere decir piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra tí.»

F. V. LI.

CRÓNICA JUDICIAL.

Al fin, despues de continuas suspensiones, debidas á haber recusado el abogado defensor á varios jueces por incompetentes, ha empezado á celebrarse en la sala del juzgado de la Audiencia de esta córte la vista de la célebre causa generalmente conocida por la de la calle del Fúcar. El numeroso auditorio que diariamente ha acudido á presenciar estos debates, del cual formaban parte no pocos letrados, entre ellos varios promotores fiscales de los diferentes juzgados de la capital, demuestran el interés que á los hombres de leyes y al público en general inspira el curso de este ruidoso proceso.

Efectivamente, la causa seguida contra Vicenta Sobrino, por asesinato perpetrado en la persona de su señora doña Vicenta Calza, está destinada, por el misterio de que aparece rodeada y por las tinieblas que la encubren, á adquirir un puesto privilegiado entre las que mayores títulos tengan á la celebridad. El tribunal, el ministerio público, los respectivos defensores, en una palabra, todos los que, en cumplimiento de su deber, han tenido que intervenir en este proceso, se lamentan de la oscuridad que en él reina, y luchan en vano por descorrer el misterioso velo que lo cubre. ¿Es Vicenta Sobrino la única culpable? ¿Ha empuñado el arma fatal por satisfacer una venganza propia, ó ha obrado por sugerencias ajenas? ¿Estaba en el pleno uso de sus facultades al cometer el crimen? ¿Pueden haber influido en su funesta determinacion los espíritus malignos, como dice la acusada? ¿Cuál de ambas declaraciones es la verdadera; la primera, en que se reconoce única autora del delito, ó la segunda, en que se presenta á sus jueces como instrumento del esposo de su víctima? Todas estas preguntas ha tenido que hacerse el tribunal, y á muy pocas, acaso á ninguna de ellas ha podido darse satisfactoria respuesta. Veamos lo que resulta de las brillantes oraciones pronunciadas por el Sr. Castells, representante del ministerio público, y por el Sr. Mathet, defensor de la procesada.

El promotor fiscal cree y sostiene que el crimen cometido por Vicenta Sobrino ha sido llevado á efecto con premeditacion, porque la acusada trasladó los

colchones de su cama, desde su habitacion á la de su señora, con el marcado intento de asesinarla, y con la misma idea se apoderó y escondió entre los colchones el cuchillo de la cocina, extremos ambos confesados por la procesada: opina igualmente que hubo alevosía en el delito, tanto por la circunstancia de hallarse enferma la víctima, como por haberse entregado al sueño en la confianza de que Vicenta Sobrino quedaba cerca de su lecho para cuidarla; y en fin, demuestra que existió ensañamiento, recordando que la criminal, despues de haber asestado una puñalada á su víctima, trató de estrangularla con el pañuelo que llevaba al cuello, y no satisfecha todavía, la arrojó encima un colchon, contemplando despues con terrible frialdad la lenta y penosa agonía de aquella desventurada señora.

El ministerio público no ha encontrado circunstancia alguna atenuante á favor de la procesada, negándose á considerar como tal el descubrimiento de la complicidad de D. Carlos Casulá, puesto que este no ha resultado culpable: se ha atenido al dictámen de la mayoría de la Academia de medicina en sus dos primeros puntos, que declaran que Vicenta Sobrino no se hallaba loca, bajo ninguna forma reconocida por la ciencia, en el acto de cometer el crimen, y ha rechazado los extremos apoyados por la minoría de la Academia, en los cuales se asienta que no es regular presumir que la acusada se hallase en el pleno uso de sus facultades mentales; demostrando, por el contrario, que la persona que tiene perdida la razon obra de muy distinto modo de como lo ha hecho Vicenta Sobrino, pues ni huye, ni busca la impunidad, ni abriga ideas de premeditacion. Respecto á la influencia de los espíritus malignos, á que se ha apelado para defender á la procesada, el ministerio público cree que el hombre goza del libre albedrío para combatir el mal, y que contra las sugerencias perversas tiene sus facultades cohibitivas.

No hallando, pues, ninguna circunstancia atenuante y sí muchas agravantes contra la procesada, el promotor fiscal opina que esta es reo de muerte, y por lo tanto, que debe condenarla el tribunal á la última pena.

Por lo que hace á D. Carlos Casulá, cuyo defensor ha reclamado contra el fallo que lo declaraba absuelto de la instancia, alegando que esta era una pena infamante para su defendido, y que al aplicársela, se hacia una ofensa á todos los españoles; el promotor fiscal trazó á grandes rasgos la vida de Casulá; trajo á la memoria del tribunal los antecedentes matrimoniales de este interesado, y algunas circunstancias, verdaderamente anómalas, que respecto á su persona se observaron en la noche del crimen, y declaró terminantemente, que si ante un tribunal de jueces de derecho D. Carlos Casulá ha resultado absuelto de la instancia, ante un jurado hubiera sufrido seguramente sentencia condenatoria. Sin embargo, como el tribunal no puede dar asenso á lo que Vicenta Sobrino ha declarado contra D. Carlos Casulá, por las muchas contradicciones en que ha incurrido la acusada respecto á este particular, queda en pié la duda, que á cada momento se levanta en el dilatado curso de este proceso, llevando á él la confusion y el misterio, y el juez no puede decir: «Este es el móvil del delito. Vicenta Sobrino ha asesinado á su señora, por este ó el otro motivo.»

El promotor fiscal Sr. Castells, que ha dado en su brillante alegato repetidas pruebas del profundo juicio y de vasta erudicion, resumió declarando: 1.º Que hay un homicidio sin prueba de evidencia, y que su autora es Vicenta Sobrino. 2.º Que el homicidio es calificado, por la alevosía, con circunstancias agravantes y sin atenuantes. 3.º Que Vicenta Sobrino obró en el completo uso de su libertad moral, y por lo tanto, que es reo de muerte. Y 4.º Que aun cuando existan fuertes indicios contra D. Carlos Casulá, no conducen directamente á probar su participacion en el delito.

El distinguido letrado Sr. Mathet, defensor de la procesada, en varios enérgicos discursos, ha recusado el dictámen de la mayoría de la Academia, que opinaba que Vicenta Sobrino no estaba loca, haciendo ver que solo nueve profesores médicos formaban parte de la mencionada mayoría, al paso que el informe de la minoría de dicho cuerpo, en que se establece que la acusada no obró en el pleno uso de sus facultades mentales, aparece firmado por doce facultativos, por cuya razon la defensa se atiene á este último, y lo reconoce mas legítimo y competente.

Asimismo ha alegado la defensa que Vicenta Sobrino fué cegada por los espíritus malignos, y que llevó á



CABALLOS CERRADOS AL LAZO.

efecto ese crimen hallándose en un estado intermedio entre la razón y la locura. Opinó igualmente que no existían circunstancias agravantes contra su defendida, puesto que el crimen fué cometido sin premeditación ni alevosía, y que, por el contrario, debe respetarse como circunstancia atenuante la confesión espontánea que hizo al comparecer por segunda vez ante sus jueces, descubriendo la complicidad de don Carlos Casulá.

El defensor, lo mismo que el representante del ministerio público, y que los jueces que han actuado en este oscuro proceso, se han lamentado del misterio que lo rodea, manifestando que no le ha sido posible descubrir la verdad de lo que ha sucedido, á pesar de que ha pasado muchas noches en vela, estudiando los voluminosos autos que componen esta causa.

Teniendo en cuenta todas las razones anteriormente espuestas, la defensa ha declarado que á la procesada no se la debe imponer la pena de muerte, que contra ella pide el ministerio público, ni la de cadena perpétua tampoco, sino la de cadena temporal, que es solamente la que merece por el crimen que ha cometido.

Tal es el estado en que se halla la célebre causa de Vicenta Sobrino al tiempo de escribir estas líneas. Los debates judiciales prosiguen, y de ellos daremos cuenta á nuestros lectores en la próxima crónica.

I. VIRTO.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

(Conclusion.)

Pero hé aquí que envuelto entre los pliegues del huracán, llegó hasta ellos el eco de voces humanas, y el galopar de muchos caballos.

— ¡Perdidos somos! exclamó con fervor la hija de Yusuf; en pos de nosotros viene tropa y se escucha su gritería.

— ¿Por qué temes, luz de mis ojos?

— Porque adivino que es mi padre el que nos persigue.

— Ahuyenta tus temores, alma mía; porque el alazan que nos lleva es vigoroso, y le sobra aliento para burlar la ira de tu padre.

Y con más vigor que antes, hunde las espuelas en los costados del caballo.

El noble animal, al verse tan rúdamente estimulado, exhala un quejumbroso relincho y parte como un venablo.

Aquello ya no era correr, sino volar sobre el generoso bruto que les conducía, como si fueran impelidos por la tempestad que les rodeaba.

Llegó la alborada.

La tempestad había desaparecido.

Ya no se oía el gemido de los elementos, ni el rayo rasgaba el horizonte. Solo en lontananza se oyen los últimos suspiros de la tempestad que se va alejando.

Ramiro y Zoraida seguían su carrera con más velocidad que nunca; porque el caballo, agotadas ya sus fuerzas, tan solo le quedaba ya la pureza de su raza, y era el último esfuerzo que hacía.

— ¡Nos hemos salvado! exclamó con alegría la hija de Yusuf. Nuestros persiguidores ya no se oyen detrás de nosotros.

El sol se elevaba sobre las montañas.

A sus reflejos se veían brillar las armaduras de un reducido escuadrón de árabes.

Los dos amantes huían á pié, porque el hijo del desierto los había dejado para no prestarles ya más auxilio.

Así que, los ginetes, con la ventaja que sobre ellos llevaban, muy pronto les darian caza.

Zoraida, al ver tan próximo el peligro, desfalleció.

Ramiro, que también comprendía que muy pronto iba á caer en poder de los árabes, tendió la vista en derredor suyo para ver dónde podría ocultarse.

¡Oh ventura! delante de sí vió un gran peñasco que muy bien podía librarlos de caer en poder de los que tan encarnizadamente los perseguían.

Sin titubear un segundo, tomó entre sus brazos el desfallecido cuerpo de su amada, y con tan preciosa carga trepó sobre aquella eminencia.

Cuando llegó á la cumbre, jadeante y casi sin aliento, colocó á Zoraida sobre una roca, y trató de hacerla volver á la vida.

Pasaron algunos segundos en la mayor ansiedad.

Por fin Zoraida abrió los ojos.

Maquinalmente los dirigió hácia el camino por donde adelantaban los ginetes.

— ¡Ah! ¡helos ahí!... ¡ellos son!... exclamó con terror. Mi padre viene á la cabeza, bien lo veo.

— ¡Que vengan! dijo Ramiro con entusiasmo: ¡que lleguen! Nos defenderemos con la fiereza del tigre cuando se vé acorralado por los cazadores.

Y al decir esto, su hermoso semblante se animó con la proximidad del peligro.

Pasaron algunos minutos.

Durante este corto intervalo, los árabes llegaron hasta el pié de la roca donde Ramiro y Zoraida se habían refugiado.

Apearonse de sus caballos, y á una orden de Yusuf empezaron á escalar aquella eminencia.

Al mismo tiempo el terrible jefe árabe con voz de trueno amonestaba á los dos amantes para que bajasen.

Pero viendo Yusuf que no le obedecían, se enfureció más aun, y ordenó á los suyos que acometiesen al cristiano.

Los soldados obedecieron.

En seguida se trabó una lucha terrible, desesperada.

Lucha sostenida por un solo hombre, contra un ciento de enemigos: porque el valeroso Ramiro, al verse ya tan próximo á caer en poder de Yusuf, comenzó á desquiciarse fragmentos de roca, que desgajados de su base, rodaban con aterrador estruendo por la pendiente, arrastrando en su descenso á cuantos árabes, hallaban en su camino, los cuales, heridos ó mutilados, rodaban hasta los piés de sus caballos.

Los que no sucumbieron á tan rudo ataque, se horrorizaron y volvieron la espalda, pronunciándose en precipitada fuga.

Al ver Yusuf el horrible destrozo que el cristiano había causado entre los suyos, su furor no tuvo límites, y como si se tratara de una inespugnable fortaleza, mandó con amenazas á los aterrados moros que emprendieran un segundo ataque.

Los árabes, avergonzados de que un solo hombre les infundiera tanto terror, acometieron con denuedo al heroico Ramiro, que parecía multiplicarse segun el destrozo que causaba por segunda vez en los soldados de Yusuf.

— ¡Oh! decía entretanto la angustiada doncella: mi padre va á apoderarse de nosotros, Ramiro mio.

— ¡No temas, hermosa mía! dijo el valeroso mancebo: todavía me sobra aliento para esterminarlos á todos.

Y con un heroismo digno de un espartano, prosiguió aquella titánica lucha, que por algunos segundos se había suspendido.

— Inútil es que quieras defender tu vida y nuestro amor, dijo la hija de Yusuf, porque el cansancio que sientes apenas te deja suspirar. Al fin sucumbirás, y entonces...

— ¡Qué!

— Que conozco á mi padre lo bastante, para comprender hasta dónde podrá llevar su terrible venganza.

También Ramiro lo comprendió así, y quedó por un momento pensativo.

Mas de pronto, y como el león, que al verse acometido por los cazadores levanta la cabeza con arrogancia, y dilata sus anchas fauces, sacudiendo al mismo tiempo su larga melena, así Ramiro alzó la suya inundada de sudor, y una siniestra sonrisa se pintó en su hermoso semblante.

A no dudar, un pensamiento terrible, desesperado, cruzó por su acalorada mente.

En el corto intervalo que pasó esta corta peripecia de tan sangriento drama, los moros tanto habían avanzado ya, que algunas saetas silbaron en torno del cristiano.

Entonces, Ramiro, impulsado por su pensamiento, dijo á su amada con todo el cariño que sentía en su corazón en tan supremo momento.

— ¿Quisieras verme sin vida, Zoraida mía?

— ¡Oh! No, no, Ramiro mio: si tu sucumbes también yo quiero seguir tu suerte; porque sin tu amor me sería imposible vivir.

— Pues bien, adorada mía; yo te juro por mi Dios que tu padre no logrará su intento. Dame, pues, tus amantes brazos, y que nuestro amor se confunda hasta exhalar el último suspiro.

Zoraida nada respondió; pero abrió sus brazos, y se precipitó en los de Ramiro, estrechándose ambos con frenesí, porque el peligro que los rodeaba, hacia re-

bosar de sus corazones todo el amor que en ellos se encerraba.

Al mismo tiempo se oyó también el estallido de un amoroso beso.

Era el último destello de aquellas dos almas que tanto se amaban.

Era el postrer halago que los dos amantes se prodigaban.

Yusuf, que contemplaba con calma feroz aquella escena tan sublime, al ver que los dos amantes eran felices aun en medio del peligro que les rodeaba, se desesperó, y cual tigre enfurecido, acometió lleno de rabia al héroe castellano...

Mas de pronto quedóse horrorizado...

Su planta ya no se movió...

Sus ojos, cual si quisieran saltar de sus órbitas, se fijaron por un momento en los dos amantes que, estrechamente abrazados, rodaban por la vertiente del abismo confundidos en un solo cuerpo.

Rebotaban las piedras... desgarraban sus carnes entre las puntas de las rocas, y... siempre abrazados, siempre amorosos, llegaron hasta los piés de los caballos, horriblemente destrozados.

En tan terrible descenso, ni un solo grito de dolor exhaló ninguno de los dos amantes.

Tal era el valor que en sus últimos momentos habían desplegado.

Era el valor de la desesperación.

Nada se veía ya: nada se oía.

Yusuf y los suyos habían desaparecido.

Los sangrientos restos de Ramiro y Zoraida tampoco estaban allí.

Únicamente en el peñón se distinguían informes girones, que entre las quebras ondeaban al viento.

También se veía un sendero enrojecido.

Era la sangrienta huella, que al pasar, habían dejado los dos amantes.

Desde entonces un gran peñasco que se levanta entre Archidona y Antequera, se llama *La Peña de los enamorados*.

GONZALO HONORIO.

TEATROS.

Terminada la temporada cómica de 1864 á 1865, ayer dió fin la compañía del teatro del Príncipe á sus trabajos para no volver á emprenderlos en mucho tiempo, á Dios gracias, en dicho coliseo, desde el cual pasa al Circo de la Plaza del Rey, donde parece ser que en setiembre inmediato tornará de nuevo á funcionar, si bien falta de los mejores artistas que la han constituido este año. «Al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir,» reza el adagio, y este, como todos, encierra una gran verdad y envuelve una triste enseñanza para los soberbios.

En tanto que los hechos patentizan aquella y den origen á esta, la compañía del teatro del Príncipe marcha á Granada, Santander y Bilbao, en cuyas capitales tiene el propósito de dar varias funciones durante la estación que comienza; que la suerte no les abandone y hasta la vuelta.

El teatro de la Zarzuela, próximo también á cerrar sus puertas, no nos ha presentado por lo tanto en la última semana novedad alguna importante, si se exceptúa la función elegida por el inteligente y popular actor D. Francisco Arderius, en la cual se nos ha ofrecido la ocasión de admirar el talento que para la farsa tiene aquel artista, pues acompañado, y muy dignamente por cierto, del Sr. Cubero, no menos á propósito que aquel para esta clase de bromas teatrales, han parodiado la escuela italiana de declamación, representando una escena de un drama del repertorio de la Sra. Civili, cuya entonación y ademanes imitaron en dicha noche exagerándolos con singular gracia.

La eminente actriz á quien se parodiaba en la citada escena que se introdujo *ad hoc* en el juguete cómico-lírico nominado *El disparate*, escrito con ocasión análoga por el Sr. Ayllon hace algunos años, presenciaba el caso desde un palco, y ni un solo instante cesó de celebrar con aplausos aquella humorada, que indudablemente tiene un gran mérito con relación, se entiende, á su objeto.

Los Campos Eliseos, desde el día que abrieron sus puertas al público, son el centro de la buena sociedad de la corte, que confirmando nuestra profecía, ha huido del circo del Príncipe Alfonso donde prosigue saltán-

do con *ensañamiento* el ya trasnochado Mr. Leotard, y acude todas las noches al teatro de Rossini en el que continúan las representaciones de la ópera del inmortal Meyerbeer *El profeta*, cuyo libreto lo compuso Scribe, valiéndose para su argumento de la sublevación de la capital de Westphalia en tiempo de la reforma religiosa llevada á cabo por Lutero en Alemania á principios del siglo XVI. Dicha ciudad, centro de la revolución producida por el grito de *libertad é igualdad* evangélicas dado por la secta de los *anabaptistas*, contaba en su seno con uno de los más entusiastas partidarios de la reforma, el famoso Juan Leyda, posadero, notable tanto por su valor personal cuanto por su instrucción. Unido este á los tres jefes de aquella secta, Zacarias, Jonás y Matías, penetraron armados en Munster, arrojaron de su silla al obispo católico y proclamaron á Juan Leyda, rey y profeta de la nueva Jerusalén, coronándole en la catedral con pompa oriental. Sorprendido por las tropas del obispo de Munster cayó Juan prisionero en una tempestuosa noche del año 1535, terminando su vida en compañía de dos de sus cómplices y en medio de horribles tormentos.

Tal es el plan sobre que se basa esta gran creación del compositor prusiano, que ha sido, como ya tenemos dicho, puesta en escena por la empresa del teatro Rossini con todo el lujo y toda la propiedad escénicas posibles.

En cuanto á la ejecución y habiéndonos de ocupar de todos los artistas que en ella tomaron parte, solo podremos revelar cual sea nuestro juicio en breves palabras.

Las figuras que desde luego se destacan del cuadro son la Sra. Nantier-Didier y el Sr. Tamberlik, artistas ambos de talento superior y que diariamente nos hacen conocer nuevas bellezas de las infinitas que atesora aquella admirable partitura.

El Sr. Tamberlik, el tenor mimado, no solo del público de Madrid, sino de todos los de Europa, es siempre el gran artista, el gladiador invencible, con la misma potente voz de siempre, sin que esta haya disminuido en volumen ni extensión, como se permite decir tan injusta como irreflexivamente cierto novel revistero, lo cual debe tener al artista sin cuidado. Dificilmente *El Profeta* habrá tenido ni tendrá mejor intérprete y los nutridos aplausos que diariamente se le prodigan no deja lugar á la duda.

La Sra. Nantier, que retrata una de las figuras de más importancia dramática, hace una *Fides* piadosa, tierna y cada noche adquiere un nuevo triunfo; pues tanto por sus cualidades de actriz, como por su voz fresca y pastosa y de un timbre sonoro y melodioso, es la artista consumada que consigue dominar el gigantesco personaje, cuya difícil interpretación la está confiada.

La señorita Garrulli, que como comprimaria posee excelentes dotes, no es ni aun con mucho una prima donna, pues en el duo con la contralto, merced al genio musical de aquella artista, puede evitarse que frase dicha pieza, como sucedería en fuerza de la desafiación con que esta artista canta su parte.

El Sr. Vialletti, que es buen cantante, carece sin embargo de voz y es siempre exagerado en la escena. Su mecanismo vocal, cascado ya y de poca extensión, no le permite apenas atacar el *mi*, y esto que en otra ocasión hubiera quizás pasado desapercibido, no puede ser indiferente hoy en que el recuerdo del incomparable Selva, en el *Fausto*, en la *Lucrecia*, en *Roberto* y últimamente en *Hernani*, que ha cantado en el teatro Real, se conserva vivo en la mente de todos los dilettanti.

El Sr. Palermi, aun cuando su papel no es de gran desempeño; revela en él condiciones dignas de elogio, pues su voz, ya que no de gran volumen, es estensa y fresca.

Otro tanto puede decirse del bajo Sr. Ruicci, que se presenta bien en la escena interpretando con la mayor precisión al conde de *Oberthal*.

La orquesta, como ya dijimos á su tiempo, está inmejorable, gracias á la hábil é inteligente dirección del distinguido maestro Gaztambide. Los coros resultan de poco cuerpo por falta de personal, defecto que puede sin gran esfuerzo remediar la empresa, á la que hacemos estas advertencias en obsequio de sus intereses, los cuales no se defienden omitiendo introducir las mejoras que aconseje la prensa imparcial, y dejándose arrullar por los alhagos de algun periodiquillo musical, que á ser ciertos los informes que se nos han dado, ha visto recientemente la luz bajo la protección de algun artista y con la premeditada misión de entonar en su loor himnos que no serán otra cosa que música

celestial, y que su mérito no necesita mendigar.

Esperando la representación de *Fausto* abandonemos ya los Campos, y pasemos al teatro de Variedades, donde se ha verificado un hecho solemne, del cual guardaremos siempre memoria, y con nosotros todos los que en el porvenir de la patria literatura escénica se interesan.

La inteligente actriz señorita doña Carolina Civili ha logrado, en fuerza de su privilegiado y sin par talento, realizar uno de esos prodigios que no se explican ni comprenden, pero que se admiran. La artista italiana, que un año há inauguró en España la serie interminable de sus triunfos escénicos, revelándonos sus altas cualidades como actriz trágica, y que supo conmovernos, interpretando con singular maestría las más difíciles obras del repertorio teatral italiano; en la noche del sábado la vimos trocar, merced á la magia de su genio artístico, su nacionalidad, convirtiéndose en actriz española, y lo que es más, actriz cómica.

Antes que el tributo de nuestra admiración, debemos rendir á la artista el de nuestra gratitud. Solo al talento, auxiliado de la voluntad más potente, es posible dominar los insuperables y hasta temerosos obstáculos que se oponen al logro de aspiración tamaña. ¡Cuánto, pues, no habrá sido el deseo, cuán inmenso el afán de Carolina Civili al intentar tan gigantesca empresa! Indefinible, y... es verdad, comparable solo al amor que siente su alma de artista por nuestra patria, y á la que, aprendiendo el idioma de Cervantes, ha querido regalar el inagotable tesoro de su genio.

Rica promesa de futuros frutos fué, sin duda, la representación primera con que el sábado adquirió carta de naturaleza en nuestra escena. *La casa de campo*, juguete cómico arreglado al teatro español por el Sr. Albarrán, con el propósito de ofrecer dificultades de ejecución á una consumada actriz, fué interpretado por la Sra. Civili, como no puede definirse, puesto que la admiración, como hemos dicho ya, no cede lugar alguno á la reflexión ni al juicio. Cuatro distintos caracteres han confiado en dicha obra á la actriz italiana, que dió el primer paso al nacer para el teatro español, tocando el sitio donde otras artistas llegan, remontando el vuelo.

Después de un constante aplauso con que el público la aclamó en dicha noche como una de sus artistas predilectas, sería ofender su ilustración y su justicia detenernos aquí nosotros ni un punto más en demostrar hasta qué extremo fué aquel triunfo merecido por la artista Sra. Civili, quien ha conseguido demostrar una vez más que el verdadero genio no tiene patria.

Un deber de justicia tenemos que cumplir antes de terminar estas líneas, y á ello nos apresuramos. Los actores Sres. Capo y Alisedo cumplieron dignamente su cometido, compartiendo el aplauso de la concurrencia con la Sra. Civili. Con esto queda hecho su mayor elogio, y concluido nuestro artículo. Enhorabuena.

E. DE INZA.

EL HAVRE.

El Havre es una ciudad conocida de todo el mundo. Si ella debe una gran parte de su prosperidad á la Inglaterra, también puede decirse que debe su origen y su existencia á los ingleses, pues fué para oponer un dique á las locas tentativas de aquellos por lo que Francisco I convirtió el Havre en una plaza fuerte, al mismo tiempo que hizo de esta preciosa ciudad un gran centro de comercio, cuya importancia á ido creciendo día por día.

Espacio nos falta para referir en este artículo las diversas fases de la historia del Havre desde su fundación, pero tampoco lo creemos absolutamente necesario, porque todos los viajeros, que no son pocos los que lo han visitado, la conocen perfectamente y además existen libros de gran mérito en que se hace la descripción de sus bellezas mejor que nosotros pudieramos hacerlo; además, las novelas de *Alfonso Karr* nos ilustran de una manera admirable sobre este punto.

Esta es la temporada más á propósito para visitar aquella costa normanda, en la que cada puerto es una estación para los bañistas.

Alfonso Karr, como ya hemos indicado, ha contribuido mucho á la boga y la fortuna de aquel delicioso país, así que, su nombre es muy popular y respetado en él.—B.

CABALLOS COGIDOS AL LAZO.

(Véase el grabado páginas 400 y 404.)

El caballo, desconocido en América antes de Cristóbal Colón, fué introducido desde entonces por los

Europeos, y en muchas partes del nuevo continente, el noble animal, abandonado á sí mismo, y en estado de salvaje, vaga en rebaños, fogoso, indomable y en una completa libertad.

Como consecuencia de esto, se ven en aquellos países esas pintorescas cacerías de caballos, que tienen lugar más particularmente en el Norte de Méjico, y en el Sud, en las *Pampas*.

Las *Pampas* son unas llanuras inmensas que se extienden por la parte meridional del gobierno de Buenos Aires, desde las orillas del río de la Plata hasta el pie de la poderosa cadena de los Andes.

Estas llanuras, de un aspecto grandioso y salvaje por su extensión, se hallan cubiertas de espinos, de maleza y de bosques, donde habitan generalmente los *Guanchos*, tribus ó familias independientes que descienden de los primeros españoles, y cuyo terreno conquistaron después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Son gentes que nacen, viven y mueren, por decirlo así, á caballo; porque este noble animal forma todos sus encantos, sus mayores delicias, y hasta su fortuna.

La caza de los caballos salvajes se verifica por medio del *lazo*. Este lo forma una fuerte correa de cuero, larga, lo menos de quince á veinte varas, y que los *Guanchos* manejan con admirable destreza.

Esta correa termina en una de sus puntas por un anillo ó bola de hierro, mientras la otra va perfectamente asegurada á la silla del caballo que monta el cazador. Al recoger la susodicha correa, el cazador forma con ella una especie de honda, que hace revolotear sobre su cabeza rápidamente, en el momento de lanzarla sobre el caballo que quiere coger, dándole de este modo una fuerza terrible, impulsada por la bola ó anillo de hierro de que ya hemos hablado. El caballo salvaje es cogido por el cuello, y los esfuerzos que naturalmente hace para huir, oprimen más y más el terrible *lazo* en que ha sido preso. Una vez rendido, se le vendan los ojos, y aprovechándose de su prostración, el cazador lo traba y coloca un fortísimo bocado de hierro de una construcción especial y á propósito para este objeto. El caballo se levanta, relincha, lucha, pateá; pero todos sus esfuerzos son ya inútiles, y al cabo de algun tiempo, el noble animal llega á convertirse en manso, dócil y obediente.

Esta caza se verifica también en las *haciendas*, ó sean las grandes propiedades de las provincias de Méjico, donde dejan vagar á los caballos en completa libertad hasta que necesitan servirse de ellos.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa una de esas cacerías en una *hacienda*, y el dibujo, que es de un indisputable mérito, dará una idea más exacta que nuestras explicaciones de esta clase de diversiones, tan llenas de emociones violentas, de peripecias terribles, y no exenta por cierto de peligros.

J. BELZA.

AVISO.

El deseo de complacer á nuestros favorecedores nos obliga, aun á costa de grandes sacrificios, á emplear desde hoy una nueva fundición, de un tipo más pequeño, proporcionándoles de este modo doble lectura que hasta aquí. Otras mejoras iremos introduciendo sucesivamente, pero queremos ser parcos en nuestras promesas y no anticipar ofrecimientos hasta que estos puedan realizarse.

Sin embargo, podemos definitivamente anunciar ya, porque tenemos adelantados los trabajos preparatorios, que nos hemos propuesto publicar una colección de magníficos retratos y biografías de todos nuestros hombres célebres contemporáneos, de todos aquellos que se hayan distinguido, ya en el estadio de la prensa, en la política, en las armas, en las letras, en las ciencias, etc., y que de cualquier modo hayan sido útiles á su país, sin que en nosotros influya en lo más mínimo el partido político en que militen, figuren ó se hayan distinguido; porque como nuestro periódico es completamente ajeno á cierta clase de luchas, solo al talento, al valor, al verdadero mérito, y á las grandes acciones rinde el merecido culto.

Si con estas mejoras que hoy empezamos á realizar, conseguimos agradar á nuestros suscritores, nuestros deseos se verán completamente satisfechos.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX

OFICIANDO EL DIA DE LA PÁSCUA DE PENTECOSTÉS EN SAN PEDRO DE ROMA.